Estamos en el jubileo 2025. En la iglesia siempre los jubileos han tenido gran importancia espiritual, eclesial y social. Tiempo especial de gracia, de perdón, de la misericordia de Dios. La historia es testigo de cómo a través de las peregrinaciones han atravesado la Puerta Santa y venerando las reliquias de los Apóstoles Pedro y Pablo multitud de hombres y mujeres, fortaleciendo su fe para ser testigos de esperanza. El jubileo es júbilo, alegría, porque nos invita a plantarnos y a ser críticos y poner tierra por medio con relación a nuestro pasado, buscando más sentido humano a nuestros quehaceres, escuchando las nuevas voces del Espíritu, haciendo caso a la Promesa de Jesús para vivir con esperanza.

En el año preparatorio (2024) el Papa pide una "sinfonía de oración" y nos recuerda que: "Debemos mantener encendida la llama de la esperanza que nos ha sido dada...como signo de un nuevo renacimiento que todos percibimos urgente. Ojalá que las voces de los pobres sean escuchadas y según el mandato bíblico, se devuelva a cada uno el acceso a los frutos de la tierra, (Lv 25,6-7)". Un enfoque desde la dimensión social, para que la conversión sea coherente. Si ser vulnerables es esencial del ser humano, el cuidarnos, acompañarnos y regalar esperanza será muy apropiado en este jubileo.

Asistimos a los peores análisis sociológicos que arroja la práctica de la religión católica, todavía sin tocar fondo. Es un signo de los tiempos, ya ni la cigüeña anida en la torre de las iglesias. Nuestra fe es vieja, rancia, barata, recibida por tradición, pero sin experiencia y sin esperanza verdadera. Los discípulos por el hecho de vivir con Jesús y nosotros, por estar bautizados y pertenecer a la iglesia ni tenían, ni tenemos garantizada una fe verdadera, ni una esperanza inquebrantable.

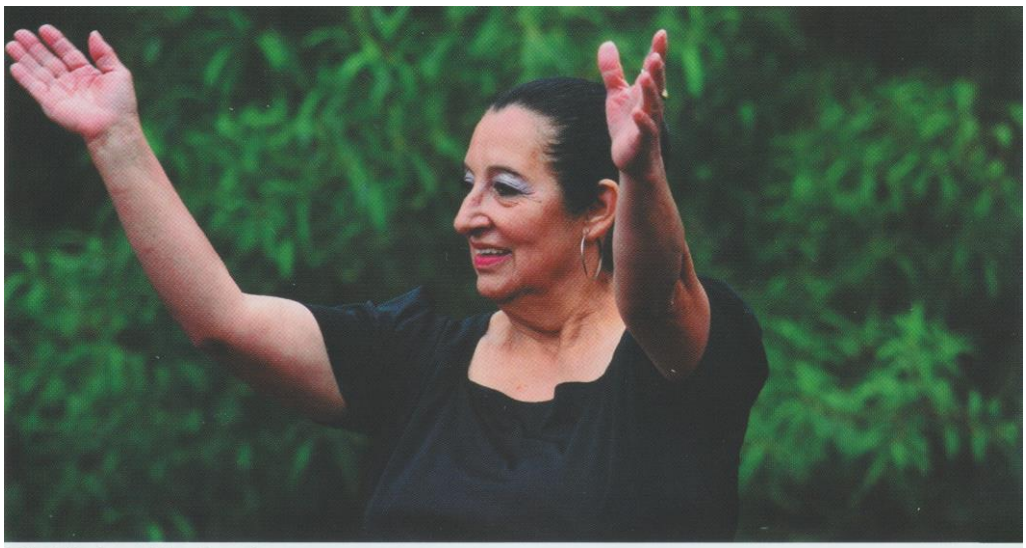
Signo de los tiempos es el giro en la iglesia que nos lleva a entender la esperanza cristiana dentro de la propia historia. La historia de la salvación y la vida profana van juntas. Ya no se acentúa la esperanza en la vida futura (cielo, infiernos, muerte, resurrección....) sino en la vida presente. Dios quiso unir estas dos realidades en Jesús y su Espiritu para siempre. El más allá y el más acá se conjugan: porque amamos la vida, nos oponemos a lo que la destruye y aliena y, también, luchamos para que la justicia y la libertad venzan a la muerte y sus insidias.

La inesperada pandemia nos hizo ver el drama de morir en soledad, la incertidumbre y la fugacidad de la existencia, cambió estilos de vida, limitó algunas libertades, y además del dolor, nos ha despertado la duda, el miedo y el desconcierto. Las vacunas como remedio inmediato, todavía no han logrado la vuelta a la "normalidad" (¿qué "normalidad"?), y mucho menos en los países más desfavorecidos. En los orígenes bíblicos el jubileo proponía la ocasión

para restablecer la correcta relación con Dios, con las personas y con la creación, y conllevaba el perdón de las deudas, la restitución de terrenos enajenados y el barbecho de la tierra. Proponía solidaridad activa.

Vivimos tiempos de transformación, "tiempos inciertos y vidas inestables", inseguros: la paz y bienestar estable, nos quieren hacer creer que solo es posible con las armas y los enfrentamientos; con el medio ambiente deteriorado y poco habitable vamos contra corriente de la naturaleza; las desigualdades económicas han suprimido el equilibrio mundial; la incertidumbre cierra el horizonte, sólo aparecen prepotencias e intereses parciales, marcados por las amenazas, oscureciendo las esperanzas, si no haciéndolas desaparecer.

Se ha instalado le desilusión, el pesimismo, la angustia, la inestabilidad porque no sabemos a dónde vamos, ni a veces, nos interesa saberlo, porque no hay respuestas fiables. El “sin sentido” nos arrastra. Cuenta el progreso, los brillos deslumbrantes de la eficacia, la inmediatez, los “paraísos de esperanza" que nos ofrecen las ideologías y el mercado: para algunos, lograr sobrevivir o acumular para unos pocos, como garantías del futuro.



Baile folklorico en Salta, Argentina

La llamada “civilización artificial' digitalizada decide por nosotros: mete nuestras realidades en una batidora y tenemos la solución, sin hacer nada nosotros. Como si esa “superinteligencia”, superior a la humana nos solucionara el interrogante de nuestro sentido humano. Nos ofrece posibilidades ilimitadas, entonces, ¿para qué esperar si todo está a nuestro alcance? ¿Para qué la esperanza y la utopía si el smartphone nos suministra al instante todo lo que necesitamos saber? ¿Para qué el espíritu crítico, cuando las soluciones están ya previstas? ¿Para qué la liberación si nos fiamos de proyectos ya elaborados, que nos ofrecen felicidad? ¿Para qué esperar el tiempo necesario si se nos crean falsas esperanzas que nos prometen la paz, prosperidad, igualdad en un pis-pas? Vivimos una verdadera crisis de identidad, pues no sabemos si somos nosotros, otros o la máquina quien actúa. Hemos quedado reducidos a votantes y puros consumidores.

Ciertamente no hay que huir de la tecnología, tenemos que contar con ella, pero sin que nos someta a los intereses de las plataformas digitales dominantes. Son signos de los tiempos, voces actuales del Espíritu y pueden abrir caminos y alimentar actitudes de esperanza para la humanidad, siempre que respete la dignidad humana, según la enseñanza de la SE y la Tradición; se trata de ir más allá, a lo desconocido, donde nunca llegarán ni las ciencias, ni el progreso, ni la póstuma postmodernidad y no tener miedo a de lo que no construye.

Hoy la esperanza para nuestra humanidad nos puede venir de una relación interdisciplinar (Ciencia, filosofía, religiones, teología, ecología, sociología,...), algunos llaman respuestas híbridas, críticas, en colaboración y que cada una desde su saber, sin dejarse usar por "otras inteligencias", aporte soluciones para el bien común de la humanidad. Ahí la esperanza cristiana es buena acompañante, por eso, mejor no poner todas las peras en la cesta del progreso y de las inteligencias circundantes.

Nuestra sociedad confunde el placer (que no es malo) con la felicidad, el optimismo con la esperanza, porque le falta sentido de la vida, porque la Promesa, se ha visto envuelta, obstaculizada y superada por las promesas del mundo. Sin querer la trasparencia de la Promesa se ha ido desvaneciendo y oscureciendo hasta colocarse delante de nosotros un telón de acero que no nos la deja ver. Solo vemos las promesas rápidas, deslumbrantes del mundo que nos ciegan y envuelven y vamos de cabeza por ellas.

Jesús nos deja clara la causa de la pérdida de nuestra esperanza: "las palabras que os he dicho son espíritu y vida, pero no creéis". No creer en las palabras de Jesús, que son las que dan vida, es LA CAUSA. Vivir de sucedáneos es la consecuencia. Como no nos creemos responsables, nos exculpamos, reeditamos el pecado de Adán y Eva: "fue la serpiente", fue el otro: que si los cambios culturales; los curas, sus homilías; los escándalos de la iglesia, sus riquezas, la pederastia.....

Volver al jubileo de los lugares comunes, donde no hay novedad, no tendrá futuro. Decir que la culpa está en la sociedad secularizada, que ha atrapado a pastores e inmerso en un humanismo social y en una sordera estructural sin discernimiento y, por eso, para evitarla nos empeñamos en restaurar un conservadurismo sin sentido, de rezos, cultos y devociones, no sería propósito del jubileo; si la politización social de la fe nos parece un exceso y nuestra respuesta es espiritualizarla hasta evaporar la Encarnación, tampoco; si el cristianismo no es un humanismo sustentado en sí mismo y lo sustituimos con frases poéticas bonitas como: Jesús te ama, te elige, te espera y te salva, nos dejamos en el camino lo fundamental; si el mundo avanza en reconocimiento de derechos humanos y la iglesia se excede en tropiezos morales y propone remedios que operan contra las malas prácticas de los demás, pero condescendencia con las propias, entonces tampoco es buena salida. Ni los caminos derrotistas de los que se exculpan del fracaso, ni los caminos espiritualizados que esperan la solución caída del cielo son buenas salidas.

Fr. Timothy Radcliffe, durante el Sínodo en Roma

Hay motivos irrenunciables para la esperanza. El Espíritu Santo guía a la Iglesia, pero también la Iglesia debe discernir lo que el Espíritu Santo le inspira. Así, con el Espíritu revelador conoceremos mejor los caminos transitables y cómo todavía nos falta mucho por andar y esperar, porque nos lo tiene que revelar. Nuestro hermano Timothy (cardenal) habla en el Sínodo de la libertad con doble hélice que tiene que conducir a la iglesia en estos momentos: escuchar y hablar con libertad, con respeto, sin condicionamientos, sin cerrarse a nada ni a nadie. Con esta libertad podremos tomar decisiones y caminar juntos, sin miedos, a pesar de ser

distintos, a pesar de los variados ministerios, culturas, géneros. No adelantaremos nada si medimos las palabras para no perder autoridad y seguir con privilegios.

Yendo a lo concreto: es el momento de ver nuestras opciones pastorales, litúrgicas, catequéticas, caritativas, etc.... y con libertad tener el coraje de dejar lo que hay que dejar y atrevernos a seguir caminos inexplorados con la luz del discernimiento comunitario, eclesial, sinodal. No estamos en tiempos para programar el futuro, sino para aceptar el presente con todas nuestras debilidades y limitaciones, porque este es el tiempo en el que el Espíritu está haciendo cosas nuevas con todas nuestras pérdidas y fracasos. El futuro no dependerá de nosotros, pero tampoco lo hará sin nosotros a no ser que nos empeñemos en repetir el pasado.

Las reformas estructurales en la iglesia serán necesarias, las doctrinas y sus expresiones pueden cambiar, pero la fe y la esperanza permanecen. No creemos que simplemente las proclamaciones de años santos e indulgencias plenarias y los retoques litúrgicos tendiendo hacia la tradición, sean suficientes; priorizando más las prácticas y costumbres religiosas que la fe y el seguimiento al Señor, no hemos llegado muy lejos; la misión no será más exitosa si logra captar muchos prosélitos (tenemos que aprender a vivir en "minoridad"), sino si vive los valores evangélicos. La crisis se clarifica cuando respondemos si aceptamos o no el proyecto de Jesús, su vida de seguimiento. Porque con más de lo mismo se llega siempre al mismo sitio.

Importante será la pastoral misionera en las comunidades y parroquias porque así lo hacía Jesús teniendo contacto con la gente, caminando con sus dificultades, predicando y proponiendo actitudes de vida; celebraciones, actos religiosos, sí, pero que los participantes las entiendan y vivan, pues atender a las personas, ayudarlas a crecer e interiorizar los valores humanos, como condición necesaria para acercarse a la fe o el seguimiento a Jesús de Nazaret, se debe priorizar. Lo que interesa es vivencia de la fe, creatividad, participación, no vistosidad, no es permanecer y conservarse como grupo, sino ser capaz de admitir que lo que está en juego es el hacer el bien, pues si alguien lo necesita y lo acoge es lo esencial, no si este coincide con mi manera de pensar, mi religión, es o no "de los nuestros". Si replanteamos la "evangelización" en las estructuras gastadas de la iglesia no va a echar raíces, ni crecer, volverá a ser ahogada por las fuerzas de la razón y lo viejo. La esperanza necesita desnudez, caer en la intemperie sin ataduras, ni vicios, ir más allá de lo que ya dominamos, fiarnos allí donde no llegamos, donde la impotencia de las democracias es manifiesta.

Coches arrastrados por la DANA 2024 en una calle de Catarroja con barro y desechos.
Imagen: Manuel Pérez García y Estefanía Monerri Mínguez (Wikipedia Commons)

Asumir el camino humano, tomar la historia humana, vulnerable, pobre y débil, como Jesús, era para los discípulos un camino que les costaba entender. Preferían caminos de fuerza, imagen, poder, "caminos de la carne", realidades históricas sin capacidad para entregarse. Es una mirada carnal: egoísta, interesada. El "camino espiritual que propone Jesús, su vida es un camino donde la persona es capaz de darse, de entregarse a los demás, es una vida nueva, humana, con esperanza. Cuando Jesús invita a los discípulos a comer su carne les llama a identificarse con el que asume lo humano hasta su pobreza extrema, que es la cruz como signo de asunción de la vida humana débil. De hecho, cuando Jesús pregunta a los discípulos por su identidad, el mismo les propone el camino del padecimiento en la cruz como su identidad, (parábola del grano de trigo).

Símbolo papal, Roma

La esperanza se encuentra en el reconociendo de la presencia de Dios en medio de las realidades e incertidumbre que vivimos actualmente. El Dios de Jesús, la Promesa siempre ha estado presente con su pueblo Israel en esclavitud en Egipto, por el desierto y en la iglesia en tiempos de incertidumbre. (Él tiene un plan). En medio de la adversidad encontramos testimonios bíblicos de fe, esperanza y resiliencia. El Espíritu de las bienaventuranzas es la expresión máxima de esperanza ¿Cuándo nos encontramos en esas circunstancias que expresan la primera parte de las bienaventuranzas (pobres, hambrientos, perseguidos, trasparentes, justos....) nos fiamos, tenemos esperanza para salir de esos pozos? La esperanza cristiana es buena compañera de camino cuando el placer y el optimismo han llegado a sus límites, pues cuando las utopías humanas ya no ofrecen más, queda el fundamento de la Promesa, la fidelidad de Jesús que estará con nosotros hasta el fin del mundo. El jubileo es una conmemoración (hacer presente la Promesa, no como recuerdo, sino realizándose), que los cristianos vivimos en la Eucaristía.

Fr. Pedro Juan Alonso OP - Madrid, diciembre 2024